



Vol. 8, No. 2, Winter 2011, 145-172

[www.ncsu.edu/project/acontracorriente](http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente)

## **Guerra fría y desarrollismo. Concepciones sobre la Revolución Sandinista en los diarios argentinos *La Nación* y *Clarín* (1979-1982)**

**Natalia Lascano**

Universidad de Buenos Aires/CONICET

### *Introducción*

El estallido de la Revolución Sandinista en 1979 fue percibido con preocupación por las clases dominantes argentinas. Especialmente porque irrumpió en un contexto argentino y latinoamericano que parecía “apaciguado”. La presencia en Nicaragua de militantes argentinos de organizaciones revolucionarias que habían sido derrotadas en el país agravó el panorama. Sin embargo, esta preocupación no cobró la misma forma en todos los casos y las conclusiones que se sacaron sobre lo que ocurría no fueron las mismas. En este artículo nos proponemos un acercamiento a las distintas concepciones sobre el conflicto nicaragüense presentes en estas clases a partir de analizar la línea editorial de los dos diarios argentinos más influyentes: *La Nación* y *Clarín*, ambos fuertemente vinculados a la dictadura militar que gobernaba por entonces.

La última dictadura militar argentina, el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983), vino a clausurar

una situación que ha sido conceptualizada como de “empate hegemónico” (Portantiero 1977) y que se caracterizó por la incapacidad de las distintas fracciones de las clases dominantes del país para establecer alguna forma de dominación legítima y estable durante el período 1955-1976. A su vez, desde fines de década del '60 se produjo un ciclo de agudizamiento del conflicto social expresado, fundamentalmente, en el crecimiento de corrientes “clasistas” en el seno de un movimiento obrero revitalizado y en el surgimiento de organizaciones políticas revolucionarias que optaron por la estrategia de la lucha armada. La instalación del gobierno militar se impuso como la salida del *conjunto* de las clases dominantes, como modo de restablecer el orden social alterado. Pero, a su vez, operó en la disputa entre distintas fracciones del capital logrando reestructurar la sociedad y la economía en favor de los capitales más concentrados. Uno de sus objetivos fundamentales fue entonces la desarticulación política de los sectores populares mediante la instalación de lo que se ha denominado el “Estado terrorista” (Duhalde, 1983): la organización desde el mismo Estado de un descomunal dispositivo represivo de carácter clandestino, que tuvo su expresión paradigmática en la figura del “desaparecido” y en el ciclo secuestro-desaparición-tortura. El carácter clandestino de la represión, pero evidente al mismo tiempo, reforzaba su efecto aterrador y, consecuentemente, disciplinador sobre el conjunto de la sociedad.

La dictadura no puede ser entendida sin tomar en cuenta la amplia coalición social que la hizo posible y que incluyó a la mayor parte de los partidos políticos tradicionales, las corporaciones empresarias, la cúpula de la Iglesia y los medios de comunicación (Sidicaro 2004, Novaro y Palermo 2003, Quiroga 1994). En el caso de los grandes medios de comunicación, se han publicado una serie de trabajos en los últimos años que profundizan sobre el alto grado de complicidad de la prensa gráfica con la dictadura (Blaustein y Zubieta, 1998; Díaz, 2002; Malharro y López Gijberts 2003). Sin embargo, así como la dictadura militar no implicó la clausura de las tensiones al interior de las clases dominantes, así como tampoco hubo un proyecto absolutamente uniforme al interior mismo de las fuerzas armadas, el discurso de los medios tampoco fue homogéneo. Los diarios nacionales expresaron en algún punto estas tensiones. El consenso fue muy fuerte en lo que concernía al punto nodal, la política represiva, y especialmente durante

los primeros tres años. El lugar para las críticas quedó reservado, sobre todo, al ámbito de las políticas económicas. Para 1980, cuando lo peor de la represión ya había pasado y el gobierno militar comenzaba a tambalear, tanto por fraccionamientos internos como por presiones externas, algunos medios empezaron a expresar críticas parciales a las políticas de la junta, al mismo tiempo que se agudizaban las internas militares.

Los militares argentinos tuvieron una participación destacada en la represión de los movimientos revolucionarios centroamericanos (Armony 1999). Su actuación en Centroamérica estuvo fundada en la posibilidad de transferir la experiencia en contrainsurgencia; y cobró la forma sobre todo de instrucción militar. Constituyó una prolongación del aparato clandestino de represión montado en la Argentina, y cobró asimismo carácter clandestino. En el caso de Nicaragua, ya previamente a la caída de Somoza, desde 1977, los militares argentinos colaboraban con la Guardia Civil somocista; colaboración que se intensificó en los últimos tiempos. Luego del ascenso del sandinismo al poder tuvieron un rol central en la organización y entrenamiento de la “contra”, la fuerza contrarrevolucionaria organizada por ex miembros de la Guardia Civil. Esta participación fue intensa desde fines de 1980 y hasta mediados de 1982, cuando la derrota en la guerra de Malvinas precipitó la retirada del poder de los militares argentinos y la convocatoria a elecciones que se concretarían al año siguiente. Además, Estados Unidos volvía a ocupar por aquellas fechas su espacio tradicional como gendarme del orden latinoamericano, especialmente a partir de la asunción de Reagan como presidente. A finales de 1981 Reagan aprobó que la CIA tomara las riendas del asunto directamente y los militares argentinos pasaron entonces a cumplir el papel de “*sustitutos*” de los norteamericanos (Armony 1999). En esta decisión de intervenir en Nicaragua varios aspectos habrían entrado en juego. Por un lado, los militares argentinos habrían visto una oportunidad de satisfacer sus pretensiones hegemónicas sobre América latina, ocupando el relativo vacío de poder generado por el retraimiento de la participación norteamericana en el área, producto de la política internacional de la administración Carter (Armony 1999). También habría pesado en la decisión de intervenir la presencia en Nicaragua de militantes y dirigentes de organizaciones

revolucionarias argentinas (Montoneros y el PRT-ERP). Además, en un momento de agudización de las internas militares, esta nueva empresa, al igual que la colaboración en la represión con países vecinos, pudo verse como factor de cohesión, dando ocupación al aparato represivo montado en los años previos (Novaro y Palermo 2003). En este sentido, las operaciones habrían sido dirigidas por los llamados sectores “duros” del ejército, favoreciendo las aspiraciones presidenciales de Galtieri y sus relaciones con los Estados Unidos (Palermo y Novaro 2003; Camilión 2000).

Tal como señala Ariel Armony (1999), la Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN) habría servido como motivación ideológica para la intervención de militares argentinos en otros países del área. En la DSN, doctrina elaborada por el Estado Mayor Conjunto Militar de los Estados Unidos para las fuerzas armadas latinoamericanas en el marco de la guerra fría, el énfasis estaba puesto en la defensa de la seguridad nacional frente a la amenaza del bloque soviético, representada en elementos subversivos internos entendidos en un sentido amplio (Duhalde, 1983; García, 1991). La función de las fuerzas armadas latinoamericanas era subordinada al conflicto este-oeste y correspondía a la represión interna de estos elementos en defensa del “modo de vida occidental y cristiano”. Las fronteras geográficas dejaban de ser, por lo tanto, las determinantes del accionar militar para ser reemplazadas por las fronteras ideológicas. Al subrayar la dimensión internacional de la “guerra revolucionaria” y caracterizar a los conflictos locales como parte de una estrategia soviética global, quitaba entidad a las fronteras geográficas como límites para operar en defensa del sistema occidental. Esta caracterización, ¿constituyó un discurso hegemónico en la Argentina de aquella época? Consideramos que en la forma en que los grandes diarios representaron lo que ocurría en Nicaragua aparecen discursos contrapuestos: ideas divergentes sobre el conflicto social, sobre las relaciones internacionales, sobre el papel que le tocaba representar a la Argentina en el mundo. ¿Cuáles eran estos discursos? ¿Habilitaban la intervención de los militares argentinos en Centroamérica?, ¿Las razones de los militares pueden ser entendidas como expresión de concepciones más extendidas entre las clases dominantes? Analizaremos entonces las posiciones presentadas por *La Nación* y *Clarín* en su tratamiento del tema, tomando en cuenta las

editoriales y artículos de los comentaristas principales entre abril de 1979 (momento en que se inicia la última ofensiva sandinista) hasta abril de 1982 (cuando comienza la guerra de Malvinas y se inicia la retirada de los militares argentinos que intervenían en Nicaragua).

*El diario La Nación: Tribuna de doctrina*

El diario *La Nación* fue fundado en 1870 por Bartolomé Mitre. En sus páginas se han visto reflejados históricamente los intereses y opiniones de los sectores más tradicionales de la burguesía argentina, especialmente aquellos cuyo origen se vinculaba a las actividades agroexportadoras. El diario se definió a sí mismo como “Tribuna de doctrina” desde el momento de su fundación, con la pretensión de construir un lugar “político pero no partidista”, que se situara por encima de los enfrentamientos entre las clases dirigentes (Sidicaro 1993). En este sentido, podemos coincidir con José Benclowicz (2007: 1-2), cuando afirma que *La Nación* procura constituirse como lo que Gramsci denomina un “Estado mayor intelectual”, capaz de estructurar una propuesta para el conjunto de las clases propietarias, ubicándose por encima de las distintas fracciones. Por lo menos, así se evidenciará en algunos momentos de su historia.

*La Nación* puede ser considerado como exponente del ideario que guiaba a las fracciones dominantes de la burguesía en aquel momento que ha sido caracterizado como “liberal conservador” (Romero 1992). El liberalismo conservador se constituyó en el discurso político hegemónico en la Argentina de fines del siglo XIX, cuando el tradicional liberalismo de las clases dirigentes se vio confrontado por la evidencia de una realidad cambiante. A lo largo del país, y especialmente en el núcleo urbano litoral, surgían nuevas clases sociales, producto de la inmigración y el crecimiento de las actividades económicas. La creciente presencia de las clases medias en la sociedad junto con el germen de una clase obrera en formación actuaron como amenazas en potencia para el dominio-dirección de la burguesía tradicional e influyeron en su progresiva adopción de concepciones conservadoras. De esta manera, vio luz una particular combinación de ideas liberales y conservadoras: un liberalismo en lo económico, que propugnaba por una abierta integración de la economía argentina a los

mercados internacionales, y una idea de progreso y de modernización institucional contra el orden social tradicional, convivió a partir de entonces con un fuerte conservadurismo en lo político, que de hecho restringió los derechos políticos a un selecto grupo social durante el período en que estos sectores lograron imponer su dominio pleno sobre la sociedad y que ha sido denominado como “el orden conservador” (1880-1916). Los principios liberales clásicos se mezclaban así con un sentimiento crecientemente aristocrático y antipopular.

En consonancia con estas ideas, *La Nación* llevó el estandarte de la secularización de la vida pública en los debates de fines del siglo XIX, defendió los principios del liberalismo económico, objetó los mecanismos excluyentes y fraudulentos que caracterizaban el sistema político a principios del siglo XX y promovió la sanción de leyes electorales que tendieran a una mayor democratización institucional (Sidicaro 1993). Sin embargo, los límites de su republicanismo quedarán en evidencia cuando se erija en impulsor del golpe de Estado en 1930 contra el presidente Hipólito Yrigoyen (Sidicaro). Será ése el primero de una larga lista de golpes de Estado en la historia argentina que serán apoyados por el diario, la mayoría de los cuales serán justificados reiteradamente a partir de una inversión del término “democracia”, presentando a las fuerzas armadas como las verdaderas defensoras del orden institucional frente al peligro del “populismo demagógico”. Más adelante, el diario militará en las filas del antiperonismo, aunque se mostrará más flexible en momentos culminantes y, por ejemplo, apoyará en un comienzo el regreso de Perón al poder en 1973 al visualizarlo como la única salida institucional posible ante el enardecimiento del conflicto social (Heredia 2002). Aquí se expresaría, tal como afirma María Fernanda Díaz (2006) ese carácter de “Estado mayor intelectual”, priorizando los intereses del conjunto de la clase (el regreso al orden) por sobre los intereses sectoriales de las distintas fracciones.

*La Nación* fue parte del coro que impulsó el golpe militar de 1976, cuando nuevamente le correspondió un lugar destacado en la estructuración de un proyecto para la clase dominante en su conjunto. Afirma Sidicaro: “Lo que para cada categoría dominante era una reivindicación sectorial, en los editoriales del matutino podía convertirse en un elemento aparentemente integrado a un programa

compartido” (1993: 391). Una vez producido el golpe de Estado, mostrará sus expectativas favorables al nuevo gobierno y, en particular al proyecto económico esbozado por el nuevo equipo ministerial. Además del apoyo programático a los principios del “Proceso”, muy pronto se pusieron también en juego intereses económicos más inmediatos. *La Nación* junto con los diarios *Clarín* y *La Razón*, se asoció al Estado para la producción de papel de diario en la empresa Papel Prensa S.A., en una serie de cuestionadas negociaciones que derivaron en la compra por parte de los tres periódicos del principal paquete accionario. La empresa fue fuertemente beneficiada por el gobierno militar, y significó una ventaja fundamental de estos diarios ante sus competidores (Sidicaro 1993; Ramos 1993; Llonto 2007). Hacia mediados de 1978 *La Nación* se desplazará hacia posiciones relativamente más críticas. En cuanto a la política económica, apoyaba los principios liberales de la misma pero cuestionaba lo que consideraba falencias en su aplicación y, haciéndose eco de los reclamos corporativos, solía destacar la situación difícil de los productores agropecuarios (Sidicaro 1993: 430). También cuestionaba algunos aspectos institucionales o jurídicos. Pero estas críticas fueron formuladas en un tono sumamente moderado, incluso comparadas con las efectuadas por otros medios de comunicación también afines a la dictadura.

#### *La Nación frente a la Revolución Sandinista*

Trataremos de establecer los principales lineamientos del discurso del diario sobre lo que ocurría en Nicaragua, tomando en cuenta, fundamentalmente, las editoriales, entendiendo que constituyen la sección donde se explicita la posición oficial del periódico sobre los distintos temas, y las columnas que se publican semanalmente comentando los sucesos internacionales, que en este caso son publicadas sin firma (reforzando así su carácter editorial). Como dijimos en la introducción, tomaremos en cuenta el período que transcurre desde abril de 1979 hasta abril de 1982. A su vez, dividiremos nuestro período en tres etapas que consideramos que presentan características distintivas: un primer período es el de la lucha contra Somoza, de abril a julio de 1979; a mediados de julio de 1979 se abre

otra etapa con la caída de Somoza y la asunción del gobierno por parte de una Junta provisional compuesta por distintos sectores de la oposición; una tercera etapa es la que comienza en abril de 1980, cuando los sectores “moderados” abandonan la junta de gobierno, siendo ésta hegemonizada por el sandinismo.

A fines de los años 70 se abría en Nicaragua un proceso revolucionario que llevaría finalmente al derrocamiento del dictador Anastasio Somoza y al ascenso al poder del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) el 19 de julio de 1979. El empeoramiento de las condiciones de vida de los sectores populares, el recurso a la represión como respuesta privilegiada, la corrupción desenfrenada, fueron los factores que se conjugaron para ir aislando progresivamente al régimen. En los últimos tiempos del gobierno de Somoza se generó un amplio arco opositor que abarcaba no solo a los sectores populares sino incluso a sectores importantes de la burguesía nicaragüense, otrora beneficiados por el régimen somocista. El gobierno de Estados Unidos, viendo la inminencia de la caída de su histórico aliado, impulsaba, junto con sectores “moderados” de la oposición, un proyecto de continuidad política del régimen pero sin la presencia del desprestigiado dictador; una suerte de “somocismo sin Somoza” (Vilas 1988). Sin embargo, las contradicciones se agudizaban y la lucha contra Somoza iba siendo hegemonizada por sectores que, apoyados en las grandes masas movilizadas de la población, y liderados por el FSLN, pretendía transformar la lucha antidictatorial en una lucha por transformaciones sociales más profundas. Para abril de 1979 comienza la ofensiva militar final del FSLN. La caída de Somoza aparecía como inminente, y ya prácticamente no contaba con aliados en la arena internacional. Desde el comienzo de esta primera etapa, *La Nación* se unirá a las múltiples voces de descrédito de la figura de Somoza y cuestionará duramente al régimen haciendo eje en el funcionamiento de las instituciones democráticas. En un Editorial de junio el régimen es descrito como “...un gobierno que pretendiendo ser paternalista se situó en las fronteras del autoritarismo y la dictadura, administró Nicaragua como un feudo donde la libertades individuales fueron, sistemáticamente, transformadas en quimeras”<sup>1</sup> Es más, la permanencia de Somoza en el

---

<sup>1</sup> Editorial, “Nicaragua no debe optar entre dos males”, *La Nación* (11-06-79).



poder es considerada como contraproducente en tanto fomenta el crecimiento del “comunismo”, ya que, a pesar de ser “un ferviente anticomunista”, comete el error de “no comprender que las faltas de libertades, junto con las injusticias que aparejan economías no plenamente distributivas, conforman el ámbito ideal para generar respuestas que, como la subversión, procuran alcanzar el poder a través del uso de la violencia”<sup>2</sup>.

En cuanto al sandinismo, será reflejado remarcando su peligrosidad: “Su éxito se traduciría, bajo el remanido rótulo de la liberación nacional, en la introducción de un baluarte antidemocrático y comunista en la América continental”<sup>3</sup>. En su análisis, encontramos la clásica dicotomía liberal entre dos extremos igualmente nocivos: “El futuro presenta aun señales agoreras. Una es un eventual triunfo de Somoza (...). Otra—no menos importante—es que los grupos decididamente marxistas-leninistas del FSLN impongan, de triunfar, sus condiciones”, y se continúa afirmando la llegada de tiempos oscuros en caso de triunfar el sandinismo: “entonces, Nicaragua, con la existencia de tribunales populares que se caracterizarán por lo sumario de sus juicios, verá, como preludio siniestro, la presencia de pelotones de fusilamientos. Estos, con otro signo, recordarán necesariamente a Somoza”, todo lo cual terminará favoreciendo al temido gobierno cubano ya que “el triunfo continental de una fuerza marxista” le permitiría “concertar alianzas futuras—aunque no lejanas—con un país de incuestionable valor estratégico”<sup>4</sup>.

¿Cómo salir de este dilema? El diario se centrará en la institucionalización política como única salida: “...los partidos políticos de Nicaragua deben imponerse, como imperativo categórico, recrear una república. ...esa oposición agrupada en el Frente Amplio Opositor y en el Frente Patriótico Nacional tiene la responsabilidad de transformarse en la alternativa para Nicaragua”<sup>5</sup>. Pero para que esto ocurra, es fundamental la intervención activa de los países de la región.

---

<sup>2</sup> “De la semana internacional: Nicaragua: presente agorero y futuro incierto”, *La Nación* (17-06-79).

<sup>3</sup> “De la semana internacional: Nicaragua, otra vez en el tapete”, *La Nación* (15-04-79).

<sup>4</sup> “De la semana internacional: Nicaragua: presente agorero y futuro incierto”, *La Nación* (17-06-79).

<sup>5</sup> Editorial, “Nicaragua no debe optar entre dos males”, *La Nación* (11-06-79).

Tanto la OEA como los Estados Unidos *deben* intervenir en Nicaragua porque la situación planteada presenta una amenaza para el equilibrio político del área: “aunque suene a flagrante intervención en los asuntos internos de una nación soberana, no es sino la expresión de un realismo político que, evidentemente, no admite vacilaciones”<sup>6</sup>. Es decir, no es intervención sino “realismo político” cuando la acción diplomática procede de los Estados Unidos, contra la implantación de un modelo pro cubano, pero sí cuando deriva del “izquierdista” gobierno mexicano. Si bien en un principio parece defender lo actuado por el gobierno norteamericano bajo la administración Carter<sup>7</sup>, cuando se acerca la toma del poder por parte del FSLN comenzará a reinar la impaciencia ante la ausencia de “medidas concretas”: “Si no se adoptan medidas que sustenten el imperio de la democracia, podría ser el dictador cubano quien, en un futuro próximo, alcance esa posibilidad.”<sup>8</sup>.

El 17 de julio de 1979 Somoza se ve finalmente obligado a renunciar y huye del país. El 19 de julio, el FSLN ingresa finalmente a Managua y el 20 lo hace la Junta de gobierno que se había conformado con la participación de distintos sectores opositores, incluyendo dos representantes de la oposición “burguesa”: el empresario Alfonso Robelo y Violeta Barrios de Chamorro. *La Nación* muestra sus dudas sobre la etapa que se abre: “No es ésta una hora celebratoria: es una hora expectante, acuciada por las incertidumbres y las tensiones”<sup>9</sup> y profetiza sobre los tiempos que se avecinan: “...apenas acallados los ecos de la guerra civil, comenzará la lucha por el poder. (...) los sandinistas tienen las armas y la mayoría de sus jefes una formación marxista. Los sectores políticos, en especial los de raíces liberales, cuentan con el apoyo internacional y con ciertas posibilidades

---

<sup>6</sup> “La semana en el exterior: ¿El ciclo político de Somoza llega a su fin?”, *La Nación* (11-06-79). Se puede contraponer este planteo con la posición que había tomado el diario dos semanas antes, cuando el gobierno mexicano había convocado a tomar medidas *contra* el régimen somocista y se había condenado la propuesta afirmando que “parecería que dicho ministro ha pasado por alto el principio de no injerencia”, afirmando que la propuesta se debía a la influencia del “dictador cubano” y a la “filiación izquierdista” del canciller mexicano, Jorge Castañeda. Editorial, “Incitaciones imprudentes”, *La Nación* (25-05-79).

<sup>7</sup> “De la semana internacional: Nicaragua: presente agorero y futuro incierto”, *La Nación* (17-06-79).

<sup>8</sup> “De la semana internacional: La OEA y Nicaragua”, *La Nación* (15-07-79).

<sup>9</sup> Editorial, “Con la experiencia de Cuba”, *La Nación* (20-07-79).

inmediatas.”<sup>10</sup>. A partir de entonces, se prestará expectante atención al curso que tome la revolución.

En estos primeros meses, *La Nación* se horrorizará ante algunos sucesos ocurridos en Nicaragua, tales como al envío de jóvenes estudiantes a Cuba<sup>11</sup> o la formación de tribunales especiales para el enjuiciamiento a 7000 somocistas, enmarcado en un sistema jurídico de excepción, “en el cual se confunden, casi indisolublemente, el Estado, el gobierno y el bando triunfante”<sup>12</sup>. También denunciará las relaciones del FSLN con Cuba y la URSS y ante el discursos pronunciado por Daniel Ortega en la Asamblea General de las Naciones Unidas afirmará que “sus palabras no fueron otra cosa que una profesión de fe marxista y un alineamiento cerril en la línea del eje Moscú-La Habana”<sup>13</sup>. Esta situación es enmarcada por el periódico en un panorama internacional en que se estaría reeditando con fuerza la Guerra Fría y se denuncia la naturaleza expansionista de la Unión Soviética: “...cuando se comprueba la presencia y el apoyo de cubanos en estrecho contacto con algún bando que guerrea dentro de un país—pongamos, por ejemplo, Nicaragua—debe descontarse que tal bando tiene en su favor el respaldo de los comunistas soviéticos”<sup>14</sup>. Y alerta sobre la situación imperante: “Primero fue Cuba. Años después, miembros del Frente Sandinista de Liberación Nacional se adiestraron en la isla caribeña y Nicaragua ingresó en un período de transformaciones “revolucionarias” cuyo futuro es difícil de predecir. Y ahora El Salvador y Guatemala...”<sup>15</sup>. Este contexto es el que volvería urgente una fuerte intervención norteamericana en América Central. Las declaraciones del secretario de Estado norteamericano Cyrus Vance, en el sentido de que “el uso de la fuerza militar no es y no debería ser una respuesta política norteamericana deseable para la política interna de otras naciones”, servirán de ocasión para que *La Nación* fije posición al respecto: “...en

---

<sup>10</sup> “De la semana internacional: Nicaragua, presente y futuro”, *La Nación* (22-07-79).

<sup>11</sup> “...así, pues, en las mentes permeables de un contingente nicaragüense infante juvenil, alejado de la influencia del núcleo familiar, se irán instalando , gota a gota, día tras día, las corrosivas nociones del totalitarismo” Editorial, Relaciones Peligrosas, *La Nación* (01-09-79).

<sup>12</sup> Editorial “Enjuiciamientos en Nicaragua”, *La Nación* (28-12-79).

<sup>13</sup> Editorial “La denuncia en el estilo”, *La Nación* (10-10-79).

<sup>14</sup> Editorial, “Nuestro país y los no alineados”, *La Nación* (09-09-79).

<sup>15</sup> “De la semana internacional: Afganistán, una enseñanza que debe ser aprendida”, *La Nación* (10-02-80).

tanto principio, la tesis de Vance es incuestionable. Sin embargo, es de difícil aplicación en un mundo aceleradamente cambiante; en un mundo en el que lo que ocurre en cada país repercute en la comunidad internacional. Sucede en definitiva, que cada Estado es un campo de batalla localizado donde la democracia enfrenta a su poderoso enemigo: el marxismo leninismo”<sup>16</sup>.

En abril de 1980 renuncian a la Junta de gobierno nicaragüense los representantes de los “sectores moderados”: Violeta Chamorro y Alfonso Robelo se alejan definitivamente del gobierno y pasan abiertamente a la oposición. A partir de ese momento, ya no quedará para el diario el menor indicio de duda acerca de la situación en Nicaragua: Nicaragua constituirá plenamente una “nueva Cuba”, un enclave de la Unión Soviética en el continente americano. La renuncia de Alfonso Robelo confirma para *La Nación* “algo sobre lo que ya no hay duda alguna: Nicaragua está en manos de elementos totalitarios, que la harán seguir igual senda que a Cuba, (...). El camino está entonces libre para que los sandinistas concluyan su artera obra de copamiento del régimen nicaragüense”<sup>17</sup>.

En general se reconoce que el apoyo popular al sandinismo en estos primeros años fue muy fuerte. De hecho, cuando se convoque a elecciones en 1984 el sandinismo contará con el 67% de los votos, con una participación del 75% del padrón electoral. Sin embargo, *La Nación* caracteriza al gobierno sandinista como sostenido únicamente por la fuerza de las armas: “...el Frente Sandinista de Liberación Nacional, adiestrado en el ejercicio de la guerrilla, se vale de su organización y de su experiencia subversiva para imponer su voluntad a la junta gubernamental”<sup>18</sup>. Las manifestaciones populares a favor del gobierno serán descalificadas como meras operaciones para “presionar” a los disidentes<sup>19</sup>. Por otro lado, y consecuentemente con los principios del diario, se rechazarán los mecanismos de democracia directa que fueron muy importantes durante todo el proceso revolucionario: “Falsificando las teorías de Rousseau, [el sandinismo] pretende la representación de la voluntad general y del bienestar público y busca el mecanismo de

---

<sup>16</sup> “De la semana internacional: Presencia subversiva en América Central”, *La Nación* (24-02-80).

<sup>17</sup> Editorial “La pendiente nicaragüense”, *La Nación* (25-04-80).

<sup>18</sup> Editorial, “Un detalle de la escalada”, *La Nación* (23-03-81).

<sup>19</sup> Editorial, “El drama nicaragüense”, *La Nación* (18-11-80).

aclamación”<sup>20</sup>. Como vemos, la única instancia válida de expresión de la voluntad popular, para *La Nación*, la constituye la democracia representativa. Otro de los pilares de los mecanismos democráticos en la concepción del periódico es el funcionamiento de la libertad de prensa, a la cual considera amenazada por el gobierno sandinista. En este sentido, libertad de prensa es entendida explícitamente como libertad de empresa: “Frente al periodismo digno, cuya independencia requiere base empresaria, de recursos propios, se alza el otro, domesticado o alimentado por el poder político, que, en definitiva, ejercen los funcionarios como simples delegados de turno”<sup>21</sup>.

El análisis sobre la situación interna del país se combinará con las denuncias sobre la “intervención” de Nicaragua en otros países de la región. En este sentido se realizará una doble operación. Por un lado, se construirá la imagen de Nicaragua como “invasora” de sus países vecinos colaborando con el “terrorismo” local, que es presentado como un fenómeno externo manipulado desde fuera: “desde el acceso al poder del sandinismo, la acción sistematizada del sector izquierdista en toda la región reconoce una cabeza de puente continental en Managua”<sup>22</sup>. En última instancia, esto tendría que ver con las características inherentes de los grupos guerrilleros, y en especial, su carácter de dependientes de “intereses extranjeros” y del “verdadero imperialismo”, esto es, del imperialismo soviético, a lo cual se refiere el periódico cuando alude al “terrorismo internacional” o la “internacional del terror”<sup>23</sup>. En este sentido, *La Nación* declara que “...la subversión no tiene patria, aún cuando suele esgrimir motivos de carácter nacional en el intento de justificar sus acciones”<sup>24</sup>.

Con este diagnóstico, se insistirá en la urgencia de la intervención norteamericana pero se seguirá denunciando la falta de acción del gobierno de Carter. Con la elección de Reagan como presidente de los Estados Unidos, en noviembre de 1980, se abrirán

---

<sup>20</sup> De la semana internacional, “Los sandinistas muestran su verdadero rostro”, *La Nación* (22-03-81).

<sup>21</sup> Editorial, “Los recursos de la prensa libre”, *La Nación* (02-01-82).

<sup>22</sup> Véase, por ejemplo: “Panorama mundial: La subversión armada, núcleo de Centroamérica”, *La Nación* (06-01-82).

<sup>23</sup> Editorial, “La Internacional del Terror”, *La Nación* (29-09-80).

<sup>24</sup> Editorial, “La Internacional del Terror”, *La Nación* (29-09-80).

nuevas expectativas<sup>25</sup>, pero con el correr de los meses, nuevamente comenzará a reinar la impaciencia ante la falta de medidas concretas<sup>26</sup>. En realidad, como vimos, Estados Unidos estaba asumiendo un rol central en la contrainsurgencia centroamericana, promoviendo la formación de un ejército contrarrevolucionario dirigido por ex guardias civiles somocistas. Pero cuando el canciller nicaragüense denuncie esta intervención, ésta será puesta en duda y, a continuación, justificada:

El canciller de Nicaragua ha insinuado una serie de suspicacias revestidas de verosimilitud, aunque carentes de probanzas fehacientes... No obstante, sea lo que fuere lo que ha alborotado el señor D'Escoto... convendrá tomar en cuenta y tener presente que la singularidad del caso nicaragüense no debe dejarse envolver por la polémica acerca del principio institucional panamericano de la no intervención, desde que inicialmente ha estado ausente el asunto.<sup>27</sup>

En conjunto, encontramos una visión global que subyace a la interpretación de la Revolución Sandinista por parte del diario *La Nación*. Se vislumbra una interpretación de los hechos en donde elementos propios del liberalismo conservador de la burguesía argentina más tradicional son puestos en vigencia por los principios norteamericanos de la guerra fría y por la Doctrina de la Seguridad Nacional hegemónica en la Argentina dictatorial. Por un lado, observamos nociones que tienen que ver con la concepción que hemos caracterizado como liberal conservadora. *La Nación* se erige a sí misma como defensora de la democracia, pero entendida en un sentido restringido. “Democracia” es utilizado para describir el funcionamiento de instituciones representativas, es decir, la democracia burguesa liberal, y los mecanismos de representación directa son considerados como “totalitarios”. Y, a su vez, libertad de prensa es equiparada con libertad de empresa, única salvaguarda del “pensamiento libre”. Pero además estas visiones se complementan con la apelación a una imagen del mundo durante la guerra fría en la que el centro de la escena es ocupado por el conflicto entre los valores occidentales y el comunismo. Sus planteos sobre el lugar que Nicaragua ocupa en el mundo y sobre el papel de los Estados Unidos y la Argentina allí deben ser entendidos

---

<sup>25</sup> “La semana política: Confirmación de una tesis argentina”, *La Nación* (01-02-81).

<sup>26</sup> “De la semana internacional: Los sandinistas muestran su verdadero rostro”, *La Nación* (22-03-81).

<sup>27</sup> Editorial, “La queja de Nicaragua”, *La Nación* (07-02-82).

desde esta perspectiva. Los sandinistas son caracterizados como “comunistas” y “antidemocráticos”, y habrían llegado al poder con ayuda de la Unión Soviética a través del que se caracteriza como su principal agente en Latinoamérica: el gobierno cubano. Una vez en el gobierno, el sandinismo se tornaría en una directa amenaza contra el orden occidental, “cabeza de puente” de la “acción sistematizada del sector izquierdista en toda la región”. Esto es coincidente con la caracterización de la “subversión” como un fenómeno exógeno, “sin patria” y perteneciente a una “internacional del terror” que estaría liderada por la Unión Soviética. Por lo tanto, se manifiesta una urgente necesidad de que los Estados Unidos intervengan en el conflicto para frenar esta amenaza, ejerciendo su legítimo liderazgo entre los países occidentales. La administración Carter será considerada como insuficientemente firme en la arena internacional y se cuestionará su política de Derechos Humanos. Cuando asuma Reagan como presidente de los Estados Unidos, las expectativas serán más favorables.

#### *El diario Clarín y las ideas desarrollistas*

El diario *Clarín* fue fundado en agosto de 1945 por Roberto J. Noble, quien dirigió el diario de manera personal hasta su muerte en 1969. En sus primeros tiempos, el diario fue opositor al peronismo en el gobierno (1945-55), a pesar de ciertos principios nacionalistas e industrialistas que Noble le imprimía a sus editoriales. En esa época comenzó su crecimiento como empresa comercial. Durante los últimos años de gobierno de Perón el matutino habría suavizado sus posiciones, aunque luego procuró congraciarse con la Revolución Libertadora (Ramos 1993). A fines de la década del 50 *Clarín* adquirió contornos ideológicos más claros al acercarse a las ideas desarrollistas impulsadas por Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio.

Los planteos del desarrollismo (Nosiglia 1983), se basaban en dos supuestos básicos sobre la situación internacional. Por un lado, se preveía una coexistencia pacífica entre los dos grandes bloques formados tras la Segunda Guerra Mundial, trasladando la competencia del plano bélico al económico y político. Esto abriría grandes posibilidades para los países subdesarrollados en tanto liberaría ingentes cantidades de capitales de los países centrales antes orientados

a actividades industriales bélicas. De esta manera, la contradicción comunismo-capitalismo ya no sería el eje de las relaciones internacionales, sino que los desarrollistas pensarían la contradicción fundamental desde la división del mundo en una esfera “desarrollada” y una esfera “subdesarrollada”. Los empresarios y trabajadores de países subdesarrollados como la Argentina debían dejar de lado sus intereses específicos y unificar sus esfuerzos en pos de lograr el desarrollo de las fuerzas productivas del país. A su vez, preveían un deterioro constante de los términos del intercambio para los productos agropecuarios, con lo cual la industrialización era visualizada como el único camino para superar el subdesarrollo. Pero para lograr una industrialización acelerada era necesario, en la concepción desarrollista, favorecer la inversión de capitales extranjeros en las áreas que consideraban vitales para la estructura económica del país. Consideraban central la participación del Estado en la economía pero sólo en función de orientar estas inversiones de capital y no ejerciendo directamente la gestión de las actividades productivas o, incluso, de gran parte de los servicios públicos. En este sentido alentaban las privatizaciones de las empresas públicas y también las medidas llamadas de “estabilización”, es decir, de ajuste, congelamiento de salarios y reducción de gastos estatales.

El mayor intento por llevar adelante estos principios fue la presidencia de Arturo Frondizi (1958-62), cuando se sancionaron leyes favoreciendo la radicación de capitales extranjeros y aumentaron fuertemente las inversiones extranjeras en áreas como el acero, petróleo y automóviles; se firmaron también cuestionados contratos petroleros con firmas norteamericanas. *Clarín* apoyó las políticas oficiales y fue beneficiado además por la concesión de un crédito oficial para la adquisición de sus primeras rotativas. Tras la caída de Frondizi, Noble continuó enarbolando los principios del desarrollismo. En 1965 lo convocó al desarrollista Oscar Camilión como jefe de redacción para unificar la línea editorial. “Quiero que este diario funcione como La Prensa y La Nación, que tenga capacidad de influir en el país y tener unidad doctrinaria, que no tiene hoy” (Camilión 2000: 136), le habría dicho el director de *Clarín* al encargarle la empresa. Tras su muerte en 1969, cuando asumió la dirección su viuda Ernestina Herrera de Noble,



los desarrollistas del MID<sup>28</sup> reforzaron sus posiciones; éstas se consolidaron con la crisis financiera que sufrió el periódico en 1971. A partir de ahí, la influencia de los desarrollistas se extendió también al área administrativa y prácticamente controlaron todos los resortes del diario (Camilión 2000; Ulanovsky 2005; Llonto 2007). Recién a comienzos de 1982 la directora anunció la ruptura con el MID y sus militantes se vieron obligados a abandonar la redacción. Por otra parte, el desarrollismo del MID no otorgaba mayor importancia al funcionamiento o no de instituciones democráticas, y se esforzó por influir en las políticas económicas de los distintos gobiernos sin importar su origen. Esto también se reflejó en la línea editorial del diario que, a su vez, logró beneficios económicos directos de sus relaciones con los distintos gobiernos militares (Ramos 1993; Llonto 2007).

Si bien en un comienzo el diario había apoyado el regreso de Perón al poder, en los últimos tiempos del gobierno de Isabelita *Clarín* se sumó a las voces que preparaban el golpe de Estado (Díaz 2002). Durante el “Proceso”, la dirección del diario entabló buenas relaciones con los militares en el poder, lo que habría incluido no solo la ya mencionada participación en el cuestionado negocio de Papel Prensa, sino también la implicación en dos casos de apropiación de menores adoptados por la directora y que serían hijos de desaparecidos (Llonto 2007)<sup>29</sup>. Desde mediados de 1977, y más claramente desde fines de 1978, comenzaron a aparecer en *Clarín* críticas a la gestión económica oficial que se enfocaban en las políticas contrarias a la industria nacional, aunque también se cuestionaba el incumplimiento de los planes de racionalización estatal, la persistencia inflacionaria y la especulación financiera (Borrelli 2008; Novaro y Palermo 2003). Pero estas críticas no implicaron un quiebre en su apoyo a la dictadura sino que, por el contrario, se rechazaba al mismo tiempo el regreso a la “partidocracia” hasta que no se implementaran los cambios económicos necesarios (Borrelli 2008: 12). Ante los temas más complicados *Clarín* habría optado por reproducir la palabra oficial omitiendo emitir opinión

---

<sup>28</sup> Movimiento de Integración y Desarrollo, partido en que se nuclea el frondizismo desde 1963.

<sup>29</sup> Este delito se encuentra actualmente en proceso judicial.

propia (Blaustein y Zubieta 1998), por lo menos hasta la guerra de Malvinas cuando comenzó a distanciarse de las políticas de la dictadura.

### *Clarín frente a la Revolución Sandinista*

A continuación analizaremos las posiciones presentadas por el diario *Clarín* sobre la Revolución Sandinista tomando el mismo período que para el caso de *La Nación* (de abril de 1979 a abril de 1982), dividido en las tres etapas mencionadas (abril a julio de 1979, julio de 1979 a abril de 1980 y abril de 1980 a abril de 1982). Tomaremos en cuenta las editoriales, las notas de los principales comentaristas del diario en política internacional: Enrique Alonso y Roberto Pablo Guareschi, alternativamente a cargo de la sección “Panorama Internacional” y los artículos de Mario Stilman, enviado especial del diario en Nicaragua para cubrir los hechos. También tomaremos en cuenta algunas notas de opinión que se publican sin firma y que, por lo tanto, entendemos que expresan la línea editorial.

Hay un aspecto que sobresale cuando se analiza la perspectiva de *Clarín* sobre la situación nicaragüense, que es que permanentemente se enmarcará el problema en la cuestión del subdesarrollo de los países latinoamericanos. Es decir, los “actores políticos” son dejados relativamente de lado en función de la “estructura” económica del país, que es lo que permite explicar lo que está ocurriendo. Cuando se analice la crisis del gobierno somocista, se la verá como resultado de aspectos sociales y económicos más profundos: “Detrás de la virtual guerra civil que envuelve a Nicaragua asoma la crisis social más grave de su historia y la insuficiencia del modelo de modernización agrícola que nace en la década del sesenta. (...)...El desinterés en la promoción de un mercado interno unido al cambio tecnológico prolongo y extendió el minifundio y proletarizó a una amplia capa de productores”<sup>30</sup>. El drama de Nicaragua se identifica entonces con el drama del subdesarrollo: una economía basada en la exportación de productos primarios y la falta de un mercado interno. Pero si bien el de Somoza constituiría un “caso extremo” es ésta una situación que incluye al conjunto de los países latinoamericanos: “América latina es nuevamente un continente en ebullición. (...) ...se está dibujando un nuevo cañamazo de las relaciones interamericanas, bajo el cual yace el problema principal de los países

---

<sup>30</sup> “La crisis de un modelo”, sin firma, *Clarín* (22-06-79).

del área, que consiste en la persistencia en todos ellos de su rasgo común, el subdesarrollo”.<sup>31</sup> Al analizar cuál debiera ser la política del “hemisferio” frente a lo que ocurre en Nicaragua, se quitará entidad, en función del nuevo panorama internacional caracterizado por la coexistencia pacífica entre los bloques, a la “frecuente” afirmación de que “*Estados Unidos estaría dispuesto a consentir una nueva Cuba en el hemisferio*”:

Es impensable... a la vez, que Estados Unidos pudiera admitir una nueva experiencia de ese tipo—con sus posibilidades de irradiación hacia América Central—, y que la Unión Soviética estuviera dispuesta a respaldarla. Hay una lógica de la coexistencia que vale para los dos polos de la misma. Y la salida de Somoza es, evidentemente, la precondition no para que los guerrilleros radicalizados del Frente Sandinista alcancen el poder, sino para la negociación de una solución moderada.<sup>32</sup>

Se distinguirá la dictadura de Somoza de otras dictaduras de la región, en una velada alusión a la dictadura argentina, y se planteará salir de la dicotomía dictadura-democracia, para volver al eje desarrollo-subdesarrollo:

Estos malestares hemisféricos [el subdesarrollo y la marginalización] subyacen bajo formas institucionales diversas y resultan la clave última de la inestabilidad política... Si Somoza es producto de las dictaduras “clásicas” (la apropiación del poder por el poder mismo), otros gobiernos militares de la región surgieron animados del propósito de construir una nación cabal allí donde no la había”<sup>33</sup>.

Con la huida de Somoza y el ingreso de la Junta provisional de gobierno a Managua, la perspectiva que se plantea en *Clarín* aparece como menos preocupante que la que veíamos en *La Nación*. Enrique Alonso explicará que, como la política exterior norteamericana “no se orienta ya a obtener apoyos mecánicos, sino a conformar un espacio económico unificado”, Nicaragua “pierde la relevancia que otrora tuvo desde el punto de vista de la seguridad estricta” y esto permitiría comprender “el riesgo asumido por Washington (la radicalización nicaragüense, el contagio) al empujar hacia la democratización del país

---

<sup>31</sup> Editorial “El momento latinoamericano”, *Clarín* (17-07-79).

<sup>32</sup> Enrique Alonso, “Panorama Internacional: ¿Quo vadis, América?”, *Clarín* (08-07-79).

<sup>33</sup> Enrique Alonso, “Panorama Internacional: ¿Quo vadis, América?”, *Clarín* (08-07-79).

centroamericano”<sup>34</sup>. En sus notas posteriores, se insistirá en esta concepción. La política exterior norteamericana no es enjuiciada sino que se comprende dentro de un nuevo panorama internacional en el que perdería fuerza la guerra fría. Cuando se comente la visita de líderes sandinistas a Moscú, en la cual se firmaron acuerdos de cooperación y se hicieron declaraciones a favor de la política exterior soviética, Roberto Pablo Guareschi lo explicará en función de las “incoherencias” de la política exterior norteamericana, ya que pocas semanas antes se había bloqueado en el parlamento norteamericano un proyecto de ayuda a Nicaragua por 75 millones de dólares. Estas incoherencias se deberían a la puja “entre los sectores que—con James Carter—están impulsando una política hacia Latinoamérica que acompañe los procesos emergentes para influir sobre ellos, y aquellos grupos que prefieren la permanencia de una política que —trazada décadas atrás— se identifica con las viejas estructuras de poder” y que ya “han demostrado su fracaso para satisfacer las demandas de participación”<sup>35</sup>. Vemos entonces que no se cuestiona la línea de política exterior seguida por Carter sino la no prosecución consecuente de la misma en función de la puja de poder con los grupos que la impugnan, que ponen en peligro la estrategia del gobierno: “...La empresa privada aún es fuerte, la Iglesia Católica y la clase media ocupan sitios de importancia en la sociedad: estos son elementos que animan a la administración en el poder en Washington. Pero si no actúa a tiempo o equivoca la respuesta sufrirá otro revés en Latinoamérica y en su propio país”<sup>36</sup>. Esta cita es interesante porque nos permite vislumbrar cuáles son elementos que se valoran como positivos en la caracterización de la situación nicaragüense: “la empresa privada”, “la Iglesia Católica” y “la clase media”. Es en defensa de estos intereses, que todavía perviven en Nicaragua, que debe actuar el gobierno norteamericano.

A los seis meses de la revolución Mario Stilman lanza un informe especial donde presenta un panorama matizado, se mencionan los problemas de abastecimiento y los problemas de la economía, en parte resultado de la guerra, pero se acepta que

---

<sup>34</sup> Enrique Alonso, “Somoza, como el Cha”, *Clarín* (22-07-79).

<sup>35</sup> Roberto Pablo Guareschi, “Una movida hacia Moscú”, *Clarín* (23-03-80).

<sup>36</sup> Roberto Pablo Guareschi, “Una movida hacia Moscú”, *Clarín* (23-03-80).

algunos de estos problemas comienzan a ser superados: la ayuda exterior permitió encarar cuatro prioridades básicas con las que se comprometió el gobierno y el sandinismo: 1) Los niños (salud, educación, alimentación y vestimenta); 2) La salud integral de toda la población; 3) La alfabetización de niños y adultos...; y 4) La erradicación del alcoholismo, la droga y la prostitución. (...) Armado por el consenso de la mayoría de la población y la buena voluntad de la comunidad internacional, el gobierno sandinista cuenta con un impresionante poder.

Vemos entonces que no sólo se mencionan en este informe las políticas sociales del sandinismo, que estaban totalmente ausentes en los análisis de *La Nación*, sino que se reconoce también el consenso popular con que contaba<sup>37</sup>.

El alejamiento de Violeta Chamorro y Alfonso Robelo de la Junta de gobierno no significará, en la visión que presenta Mario Stilman para *Clarín*, el final de las ambigüedades en la política seguida por el gobierno nicaragüense; por el contrario, habrá que esperar para ver qué tendencia prevalecerá al interior mismo del FSLN<sup>38</sup>. En mayo de 1981 se explican las dos opciones que tenía el sandinismo desde el acceso al poder: “una ruta de moderación, sustentada en una amplia unidad nacional, en el pluralismo y en la conservación e las buenas relaciones con los países vecinos, en particular con EEUU; o una ruta de radicalización hacia la izquierda que, vistas las circunstancias internas y externas, era muy probable que condujera a graves problemas”. Sin embargo, afirma Stilman, no está claro cuál ha sido la opción elegida: mientras el FSLN sostiene que ha sido la primera, sus adversarios plantean que ha sido la segunda<sup>39</sup>. Unos meses después analiza la “crisis” de Nicaragua, expresada en “la detención de los más prominentes empresarios privados y de 24 dirigentes de una central sindical comunista...” Esta crisis estaría indicando que el “camino de la radicalización” se afirma en Nicaragua. Es interesante la explicación que da al respecto:

¿Qué precipitó la crisis? En el plano externo, el condicionante provino de Washington con el acceso al poder del gobierno conservador y el desequilibrio regional con el fortalecimiento de los regímenes militares del denominado Frente Norte (El Salvador, Guatemala y Honduras). La óptica sandinista entendió

---

<sup>37</sup> Mario Stilman; “Seis meses de sandinismo en Nicaragua” (*Clarín*, 19-01-80).

<sup>38</sup> Mario Stilman, “¿Hacia un cambio de rumbo?” (*Clarín*, 23-04-80).

<sup>39</sup> Mario Stilman, “El sandinismo en jaque”, *Clarín* (16-05-81).

esto como un intento de agresión contra Nicaragua, basándose principalmente en el incremento de las acciones contrarrevolucionarias gestadas desde el territorio hondureño por ex miembros de la Guardia Nacional. Esto obligó al FSLN a movilizar 300.000 hombres... y a sobredimensionar el aparato estatal, prevaleciendo en el presupuesto los “gastos para la defensa”. Esto es, precisamente, uno de los puntos de inflexión de la crisis, que contiene, las razones de la radicalización en política interna.<sup>40</sup>

Reconoce entonces en esta nota la actuación de fuerzas contrarrevolucionarias y, junto con la política exterior norteamericana, la postula como un factor explicativo de la “radicalización” política del sandinismo. Es una concepción contrapuesta a la presentada por *La Nación*, en la cual el sandinismo solo mostraba una cara desde el comienzo, como agente del comunismo y los “intereses cubano-soviéticos”. Ahora bien; ¿podemos considerar a esta posición sostenida por Stilman como expresión de la línea editorial del diario? En una nota sin firma de marzo de 1981 se presenta un panorama similar: la división de los sandinistas entre “dogmáticos” y “pragmáticos” y la importancia de la ayuda económica norteamericana para fortalecer a los segundos. También se resalta la centralidad que aún conserva la propiedad privada en la economía y la existencia de “libertad de prensa”<sup>41</sup>.

Cuando Reagan asuma la presidencia de Estado Unidos las expectativas no serán del todo desfavorables<sup>42</sup>. Pero diez meses después, al comentar los planes norteamericanos para intervenir militarmente en El Salvador, Cuba y Nicaragua, Roberto Pablo Guareschi cuestionará la “pobreza” de la política exterior del nuevo presidente: “una sola idea-fuerza la nutre, la confrontación con la Unión Soviética. Y su implementación reconoce un solo vehículo, lo militar.”<sup>43</sup>. En una Editorial de febrero de 1981 comentando la situación centroamericana, se insistía en la promoción del desarrollo económico como la única “*manera apropiada de apagar los focos de incendio que cada tanto*

---

<sup>40</sup> Mario Stilman, “Respuesta sandinista”, *Clarín* (23-10-81).

<sup>41</sup> Sin firma; “Si Washington no coopera...”, *Clarín* (18-03-81).

<sup>42</sup> “Al consolidar la fuerza de Estados Unidos, Reagan vuelve al terreno de la bipolaridad.(...) La posición de Estados Unidos será claramente explayada, eliminando cualquier margen de duda en las decisiones. Y esto no deja de ser una ventaja para el éxito de cualquier negociación.”; Enrique Alonso, Panorama Internacional “La paz según Reagan”, *Clarín* (25-01-81).

<sup>43</sup> Roberto Pablo Guareschi, “Panorama Internacional: Mucha fuerza, poca diplomacia”, *Clarín* (07-11-81).

*estallan en América*"<sup>44</sup>. Quince días después, en otra editorial se critican los planes norteamericanos de intervenir militarmente en El Salvador, fundados en "una visión globalista que vuelve a disponer de todas las piezas del tablero internacional en función del conflicto con el mundo comunista y, en particular, con la Unión Soviética"<sup>45</sup>. En marzo de 1982, Guareschi afirma en el mismo sentido que "el bisturí sobre Nicaragua o El Salvador puede liquidar lo que Washington considera un absceso, pero no curará la enfermedad de fondo"<sup>46</sup>

En cuanto la política exterior argentina, el diario rechaza la posibilidad de participación militar en el conflicto centroamericano en una significativa editorial titulada "El principio de no intervención". La nota comienza respaldando la afirmación del canciller Costa Méndez señalando que a Argentina no proyectaba enviar fuerzas a El Salvador: "Es una afirmación tranquilizante". Luego se comenta una información publicada en *The Washington Post*, en la cual se denunciaba que el presidente Reagan había aprobado una asignación de fondos para el montaje de fuerzas paramilitares latinoamericanos destinadas a realizar actos de sabotaje en Nicaragua, y que algunos de los quinientos hombres que conformaban estas fuerzas estaban siendo entrenados por oficiales argentinos. Ante esto, la editorial exige la pronta desmentida de la cancillería:

resulta imprescindible ratificar el tradicional principio de no intervención que en todas las épocas y bajo las más dispares administraciones distinguió y jerarquizó a la política exterior argentina.(...) Si la fuerza internacional propuesta en el marco de la organización regional hemisférica era inconveniente para el interés nacional, mucho más lo sería, sin duda alguna, la participación en contingentes "paramilitares", como los que, según dice "The Washington Post", se estarían formando. Ello significaría dejar entrar por la ventana lo que se rechazó por la puerta." Y culmina más adelante: "La situación en América Central merece todos los esfuerzos que sea posible realizar.... Pero esos males no podrán ser curados con el bisturí militar—y mucho menos paramilitar—porque tienen profundas raíces históricas"<sup>47</sup>.

---

<sup>44</sup> Editorial "Polvorín en América Central", *Clarín* (14-02-81).

<sup>45</sup> Editorial, "No intervención en El Salvador", *Clarín* (03-03-81); véase también, en la misma línea, la Editorial "Europa, Estados Unidos y la URSS", *Clarín* (14-3-81) y Roberto Pablo Guareschi, "Panorama Internacional: La batalla por El Salvador", *Clarín* (06-02-82).

<sup>46</sup> Enrique Alonso, "Panorama Internacional: Luz y sombras en América Central", *Clarín* (20-03-82).

<sup>47</sup> Editorial "El principio de no intervención", *Clarín* (12-03-82).

La línea editorial de *Clarín* de aquella época estaba en gran medida determinada por los principios rectores del desarrollismo. En función de estos principios, las argumentaciones del periódico sobre lo que acontecía en Nicaragua daban por resultado una explicación muy distinta a la que veíamos en el caso de *La Nación*. El problema del subdesarrollo ocupa un lugar central en dichas explicaciones y la dualidad este-oeste es remplazada por la de desarrollo-subdesarrollo. En un primer momento, el régimen de Somoza es censurado pero no únicamente por su faz autoritaria sino también como exponente de una estructura económico-social atrasada y dependiente, característica del conjunto de los países latinoamericanos y, específicamente, centroamericanos. En este sentido, la lucha contra el somocismo es presentada como un fenómeno absolutamente endógeno. Con la caída de Somoza, no aparecerá la misma preocupación que veíamos en el *La Nación*. Incluso cuando renuncien a la Junta los elementos conservadores y sea ésta hegemonizada por el FSLN, este hecho no será percibido como el final de un ciclo sino que se comenzará a enfatizar en las diferencias internas entre sectores “dogmáticos” y pragmáticos” al interior del sandinismo. En cuanto al rol norteamericano, *Clarín* también considera central su intervención pero no ya en términos militares sino fundamentalmente económicos, para facilitar el desarrollo de las fuerzas productivas del país y evitar así que triunfen las versiones “radicales” del sandinismo y el nuevo gobierno deba volverse hacia la órbita soviética. La política de la era Reagan es rechazada como excesivamente unilateral, al enfatizar únicamente la dimensión militar, sin curar “la enfermedad de fondo”. También se rechaza fuertemente la posibilidad de que la Argentina participe en operaciones paramilitares en Nicaragua. Al respecto, cabe agregar que el desarrollista Oscar Camilión, quien había sido el jefe de redacción del diario hasta 1972, fue canciller durante la presidencia de Viola en 1981; y en su autobiografía Camilión también se presenta a sí mismo como enfrentado a la línea “dura” del gobierno, partidaria de la participación armada en Centroamérica. Por lo tanto, creemos que la oposición a la intervención militar o paramilitar no debe ser entendida como un elemento de confrontación con la dictadura sino que es un aspecto que estaba en juego en las disputas internas entre fracciones del gobierno.



### *Conclusiones*

La dictadura militar instalada en 1976 se propuso reestructurar profundamente la sociedad argentina y avanzar en la construcción de un modelo económico social acorde con los intereses de los sectores más concentrados del capital. Para esto, buscó eliminar toda posible oposición por medio de la brutal aplicación del Terrorismo de Estado, dejando un saldo de miles de muertos, desaparecidos, presos y exiliados. Para esto se constituyó una amplia coalición cívica militar en la que los grandes medios de comunicación tuvieron rol destacado. A través de una fuerte política represiva, para 1979 las clases dirigentes ya habían logrado en gran medida el restablecimiento del “orden” necesario, dando por finalizado el ciclo de efervescencia del conflicto social que se había observado en la Argentina entre los años 1969 y 1976. Un panorama similar se vivía en la mayor parte de los países del cono sur, gobernados por cruentas dictaduras. En este contexto, la irrupción de la Revolución en Nicaragua y de los conflictos centroamericanos en general hizo tambalear la confianza de estas clases. A esto se sumó, además, la presencia allí de militantes argentinos exiliados. Los diarios nacionales tradujeron esta preocupación desde sus distintas raíces ideológicas.

En *La Nación* y *Clarín* encontramos dos concepciones relativamente contrapuestas. En el caso de *La Nación*, el conflicto se sitúa en el marco de la contradicción comunismo-civilización occidental durante la guerra fría. El sandinismo es presentado como un fenómeno exógeno a la sociedad nicaragüense, un agente de los intereses soviéticos en la región y de su títere cubano. Las potencias occidentales, y especialmente los Estados Unidos tienen la obligación de intervenir, militar y políticamente, en defensa de los valores occidentales y cristianos y los principios “democráticos”. Ideas como “democracia” o “libertad de prensa” son entendidas en un sentido limitado, de acuerdo a las concepciones liberal-conservadoras de la burguesía tradicional argentina. Cualquier método es legítimo contra el enemigo comunista, aún cuando esto suponga violar el principio de “no intervención”. Es un discurso coincidente con la Doctrina de la Seguridad Nacional, que legitimaba el accionar de los militares argentinos en Centroamérica, y

con la posición de los “duros” del ejército que impulsaron la llegada de Galtieri a la presidencia y, posteriormente, impulsarán la guerra de Malvinas. Por otro lado, *Clarín*, exponente por aquella época de las ideas desarrollistas, sitúa el conflicto en el ámbito de la contradicción desarrollo-subdesarrollo. El sandinismo aparece como un fenómeno endógeno a la sociedad nicaragüense, resultado de un subdesarrollo extremo, característico de los países latinoamericanos. Para evitar brotes similares en la región, es obligación de las potencias occidentales prestar ayuda económica que favorezca el desarrollo. El centro de las relaciones internacionales no está puesto ya en el conflicto este-oeste, superado por la “coexistencia pacífica”, sino por el eje “norte-sur”, es decir, la diferencia entre países desarrollados y subdesarrollados. En el caso de Nicaragua, la situación no se presenta definida desde el comienzo en favor del comunismo. Al contrario, se enfatiza en las diferencias entre las distintas fracciones dentro del sandinismo. Se debe brindar ayuda económica para fortalecer aquellas fracciones más proclives a consensuar con la burguesía local, sostener la propiedad privada y entablar relaciones correctas con el mundo occidental. La persistencia de la propiedad privada es resaltada para demostrar el camino todavía abierto de la Revolución. Esta perspectiva del problema parece haber sido coincidente con algunos sectores de las fuerzas armadas que se expresaron durante la presidencia de Viola.

De esta manera, los discursos que aparecen en el tratamiento de la Revolución Sandinista son expresión de concepciones políticas más generales sobre el conflicto social, la situación internacional y el lugar de la Argentina en el mundo. En ella entran en juego tanto las tensiones presentes entre distintas fracciones de la clase dominante argentina y las ideologías históricamente orgánicas a dicha clase, como las mismas internas de la dictadura militar. Se trata entonces de distintas concepciones hegemónicas presentes en las clases dominantes argentinas, aunque convergentes en el sostenimiento del proyecto político social del “Proceso”.

**Bibliografía**

- Antognazzi, Irma y Lemos, María Felisa. *Nicaragua, el ojo del huracán revolucionario*. Buenos Aires: Nuestra América Editorial, 2006
- Armony, Ariel. *La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984*. Buenos Aires: UNQ, 1999.
- Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín. *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*. Buenos Aires: Ed. Colihue, 1998.
- Benclowicz, José. “La Nación y la (re)producción de representaciones políticas en la Argentina de 1975”. Ponencia presentada en las VII Jornadas Nacionales de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Noviembre de 2007.
- Borrelli, Marcelo. “Una batalla ganada: el diario *Clarín* frente a la compra de Papel Prensa por parte de los diarios *La Nación*, *Clarín* y *La Razón* (1976-1978)” en *Papeles de Trabajo, Revista Electrónica del IDAES*. Año 2 n°4. Buenos Aires (diciembre de 2008).
- Camilión, Oscar. *Memorias políticas. De Frondizi a Menem (1956-1996)*. Buenos Aires: Planeta, 2000.
- Díaz, César L. *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de Estado de 1976*. Buenos Aires: La Crujía Ed, 2002.
- Díaz, María Fernanda: “El Gran Acuerdo Nacional en *La Nación*”. Ponencia presentada en las IV Jornadas nacionales “Espacio, Memoria e Identidad”. Rosario. Octubre del 2006.
- Duhalde, Eduardo Luis. *El Estado Terrorista Argentino*. Buenos Aires: El caballito, 1983.
- Gorriarán Merlo, Enrique. *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los Setenta a La Tablada*. Buenos Aires: Ed. Planeta, 2003.
- García, Alicia. *La Doctrina de la Seguridad Nacional* (vol. 1 y 2). Buenos Aires: CEAL, 1991.
- Heredia, Mariana. “Política y liberalismo conservador a través de las editoriales de la prensa tradicional en los años '70 y '90.” En: Levy B. (comp.), *Crisis y conflicto en el capitalismo latinoamericano: lecturas políticas*. Buenos Aires: CLACSO, 2002.

- Llonto, Pablo. *La Noble Ernestina*. Buenos Aires: Punto de Encuentro, 2007.
- Malharro, Martín y López Gijberts, Diana. *La tipografía de plomo. Los grandes medios gráficos de la Argentina y su línea editorial durante 1976-1983*. La Plata: Ed. de Periodismo y Comunicación UNLP, 2003.
- Mires, Fernando. *La Rebelión Permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. México D.F.: Siglo Veintiuno Ed., 1988.
- Nosiglia, Julio E. *El Desarrollismo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1983.
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente. *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- Portantiero, Juan Carlos. "Economía y política en la crisis argentina (1958-1973)". *Revista Mexicana de Sociología*. V. 29 n. 2 (1977): 531-565.
- Quiroga, Hugo. *El tiempo del "Proceso". Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983*. Rosario: Editorial Fundación Ross, 1994.
- Ramos, Julio. *Los cerrojos a la prensa*. Buenos Aires, Amfin, 1993.
- Romero, José Luis. *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1992 (1956).
- Salinas, Juan y Villalonga, Julio. *La Tablada y las Guerras de Inteligencia en América Latina*. Buenos Aires: Ed. Mangin, 1993.
- Sidicaro, Ricardo. *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario "La Nación" 1909-1989*. Buenos Aires. Ed. Sudamericana, 1993.
- "Coaliciones golpistas y dictaduras militares: el "Proceso" en perspectiva comparada". En Pucciarelli, Alfredo (Coord.), *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004
- Ulanovsky, Carlos. *Paren las rotativas: Diarios, revistas y periodistas 1970-2000*. Buenos Aires: Emecé Editores, 2005.
- Vilas, Carlos. *Perfiles de la revolución Sandinista*. Buenos Aires: Ed. Legasa, 1984.